Domingo 19 de abril de 1992

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

Thomas Pynchon es autor de un puñado de libros decisivos dentro de la literatura norteamericana contemporánea. El problema, claro, es que nadie sabe quién es Thomas Pynchon. Ante la inminente llegada a la Argentina de *Vineland*, su nueva y monumental novela, **Primer Plano** ofrece el retrato más fiel de un escritor esquivo en las páginas 2 y 3 de este suplemento.

THOMAS PYNCHON, ESCRITOR INVISIBLE

SE BUSCA





RETRATO DEL ARTISTA AUSENTE

PARA DESCUBRIR A TH

CHRISTIAN KUPCHIK

"La paranoia creativa es un medio de desarrollo por el cual el sistema Nosotros es capaz de imponerse sobre el sistema Ellos." Así habló Thomas Pynchon pero, ¿quién es Thomas Pynchon? ¿Existe? Christian Kupchik se interna en el imprevisible universo del escritor más secreto a este lado del río Salinger.

Se ha dicho con frecuencia que todo artista lleva en sí una buena dosis de exhibicionismo, manifestada en el solo hecho de publicar o exponer sus obras. Más allá de esta polémica aseveración, lo cierto es que el ocultamiento no ha sido un rasgo distintivo de la cultura norteamericana en particular. Desde Benjamin Franklin y P. T. Barnum hasta Norman Mailer, Truman Capote o Andy Warhol, los artistas norteamericanos han hecho lo posible por borrar toda huella de cautela o timidez, quizás impulsados por la necesidad de suprimir la precisa vigilancia puritana de la vida privada e interior. Buscaron, sobre todo, hacer de lo exterior una verdad.

En las últimas décadas, sin embargo, se ha hecho evidente otra curiosa forma de exhibición: aquella por la cual un creador pone tanto empeño en ocultarse que su ausencia acaba siendo el rasgo más nítido de su obra. El excelente narrador y ermitaño J. D. Salinger sería el caso prototípico y más conocido. Agredió a un fotógrafo que lo registró con su compra a la salida de un supermercado y demandó judicialmente a su biógrafo. No obstante, otro caso lo supera: Thomas Pynchon. Desde 1963 no hizo apariciones públicas, rara vez se encuentra un artículo con su firma, jamás concedió entrevistas y sólo se lo conoce por dos fotografías de sus años de juventud. Ellas muestran a un individuo de grandes orejas y rostro demacrado en el que sobresalen sus dientes de conejo. Parece ser bastante alto y se dice que trabaja o ha trabajado como ingeniero. Todo es improbable. A pesar del misterio que lo rodea, Pynchon ha sido reconocido como uno de los precursores del posmodernismo literario y su obra fue saludada como uno de los nudos centrales de la narrativa norteamericana contemporánea. Su última novela, *Gravity's Rainbow* fue publicada hace diecisiete años y, a pesar de numerosas especulaciones, se creía que ya nada más se vería de Thomas Pynchon. El silencio de todo este tiempo no hizo más que alimentar su mito. Comenzaron a circular rumores de que el autor trabajaba en una monumental obra sobre la Guerra Civil, a la que incluso se le había asignado el título de *The Mason-Dixon Line*. Otros descartaron esta versión y le atribuyeron una novela japonesa de ciencia-ficción. Como ni los editores lo conocían personalmente ni los periodistas lograban rastrear su paradero, muchos empezaron a dudar de su existencia y llegaron a la conclusión de que Thomas Pynchon no era sino el seudónimo de otro escritor. Algunos se empeñaron incluso en ver al huidizo Salinger. Finalmente, en medio de grandes secretos, apareció publicada simultáneamente en Estados Unidos y Gran Bretaña *Vineland*, novela de Thomas Pynchon que inauguraba los 90 con modales mordaces.

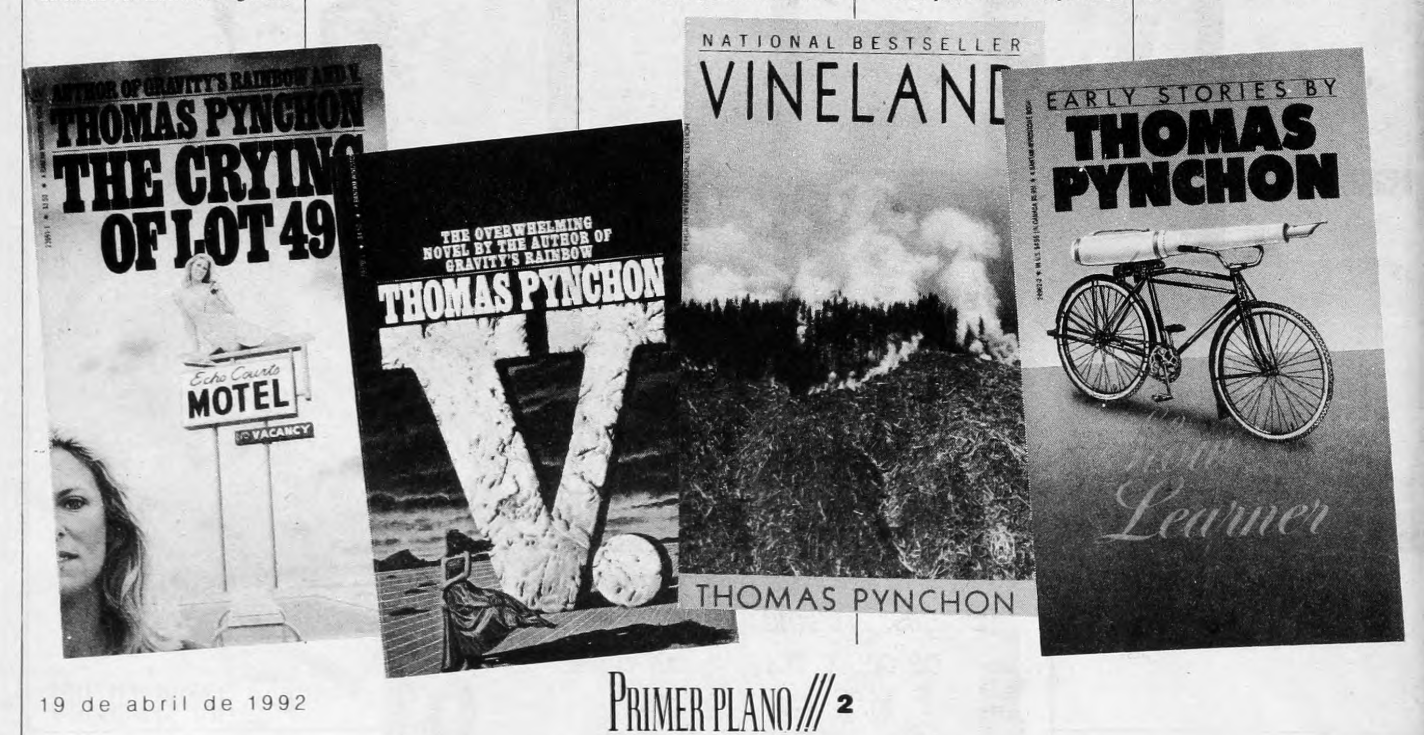
LA REBELION DE LOS AUSENTES. Pynchon sí existe. Al menos, existe una serie de datos que intentan demostrarlo. Nació el 8 de mayo de 1937 en Glen Clove (Long Island). Tras diplomarse en Artes en la Universidad de Cornell en 1958, hizo el servicio militar en la marina. Vivió un tiempo en el Village de Nueva York y en México, desempeñándose en diversos empleos. Entre 1960 y 1962 trabajó redactando informes técnicos para la Boeing Company en Seattle. A finales de los 50 comenzó a publicar en diversas revistas algunos cuentos, entre los que se destaca *Entropy* (1960). A la edad de 24 años, publicó su primera novela, *V* (1961), obra fundamental por la que mereció el Premio William Faulkner a la mejor ópera prima. Posteriormente publicó *The Crying of Lot 49* (1966), *Gravity's Rainbow* (1973) y *Slow Learner* (1984), una recopilación de sus viejos cuentos. Esto es todo lo que se sabe de la persona llamada Thomas Pynchon. El resto pertenece a su personaje.

La aparición de *Vineland* era esperada con tanta ansiedad y llegó de un modo tan repentino que tomó un poco desprevenidos a los críticos. La mayoría reconoció que se encontraba ante "el viejo Pynchon" aunque *renovado*. El crítico del *New York Times*, por ejemplo, produjo una reseña favorable pero cautelosa. Su labor consistió en presentar a grandes rasgos la trama de la novela comparándola con las obras anteriores de Pynchon, recalcando que en este caso el autor se excedía (no quedaba muy claro en qué).

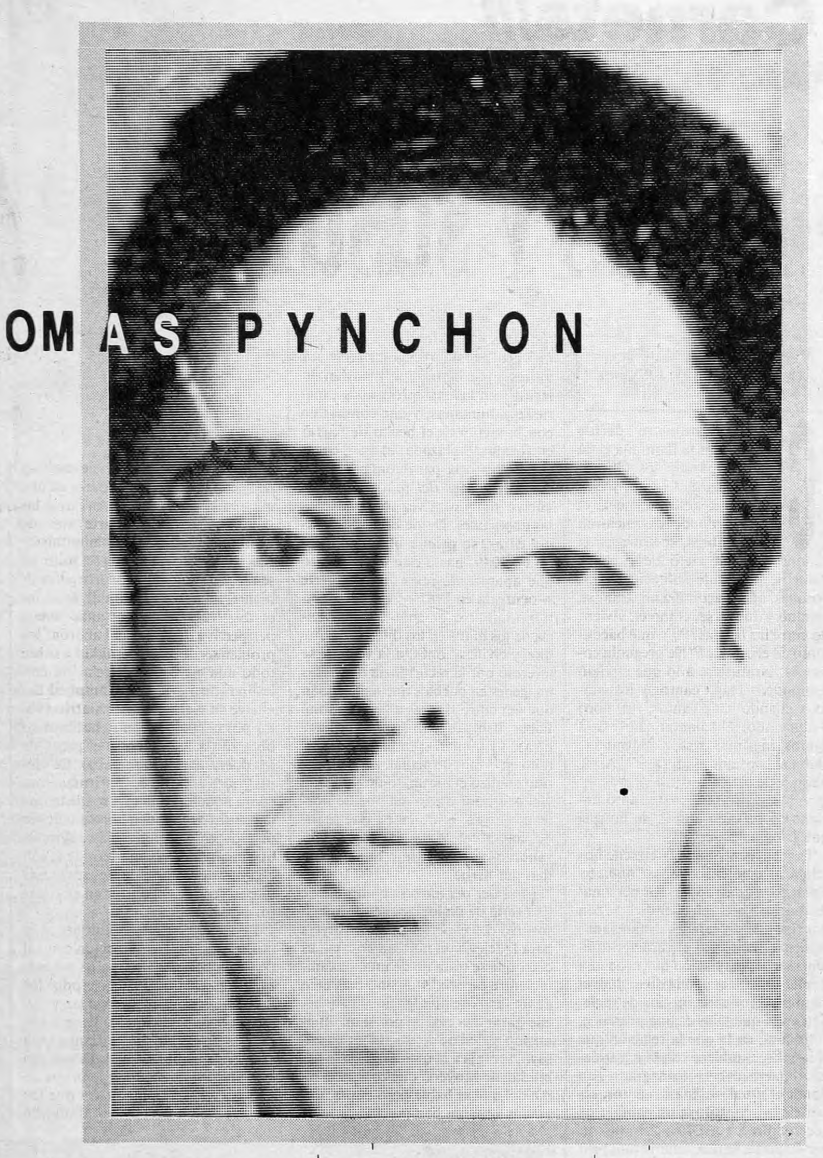
Otros periódicos metropolitanos utilizaron una fórmula similar. La prensa especializada, sin embargo, se reservaba algunas sorpresas. El *Book Review* del *New York Times*, en la primera página de su edición del 14 de enero se adelantó a todos los demás periódicos y suplementos literarios y publicó por anticipado una crítica de la novela a cargo de Salman Rushdie. Se dio así el curioso caso en que un autor ausente por necesidad debía comentar la obra de un ausente por vocación, convirtiéndose en su reflejo en un espejo invertido. A pesar de ello, todo hay que decirlo, Rushdie pareció sentirse abrumado por la responsabilidad y su comentario no aporta nada de valor. Además de una nueva reseña sobre el tema y un ligero aplauso final, nada dijo acerca del oscuro núcleo de la nueva obra de Pynchon.

En el otro extremo, Frank Kermode de *The London Review of Books* se lamentó de que la novela *sólo* tuviese 385 páginas (luego de diecisiete años de silencio "esperaba algo más") y no la encontró a la altura de su predecesora *Gravity's Rainbow*: las bromas no son tan graciosas, la intriga es confusa (y esto sí suena a broma si se toma en cuenta el complejo barroquismo de *Gravity's Rainbow*), y el sentido general de la obra es incomparable.

Uno de los grandes aciertos de *Vineland* parece radicar en haber atrapado a los críticos en sus propias trampas: atados a sus propias expectativas de lo que *debería* ser la novela y no reflejando lo que realmente es.



OMAS PYNCHON



Tres versiones de "Vineland"

"Más tarde que de costumbre, una mañana de verano de 1984, Zoyd Wheeler flotó despierto en la luz del sol que se filtraba por la arpillera colgando en la ventana. Una cuadrilla de mamelucos pataleaba en la azotea. En su sueño, palomas mensajeras llegadas de ultramar se posaban y alzaban vuelo nuevamente, una a una. Cada paloma le traía un recado que no podía alcanzar, que pulsaba ligero en sus alas. Comprendió que era otro hondo codazo que partía de fuerzas invisibles, casi seguro relacionado con la carta que le llegará con el último cheque recibido por incapacidad mental, recordándole que a menos que hiciera una locura pública antes de una fecha, ahora a menos de una semana, perdería la mensualidad. Salió de la cama gimiendo. En algún punto al pie de la colina, repicaban los martillos y las sierras y se oía música folklórica en la radio de algún camión. Zoyd estaba sin tabaco..."

"Vaya, vaya: ¿ya llega otra vez esta época del año?".

"Este año me tomó desprevenido, me mata pensar que me estoy poniendo viejo para estas cosas."

"Te comprendo", afirmó Slide con la cabeza.

"Slide, tienes quince años."

"Muy vividos."

La música tiene una importancia fundamental en *Vineland*. Uno de los textos más notables es el "blues de las tres notas" interpretado por The Vomitones. Su título es "I'm a cop". Esta es su versión original:

Fuck you, mister
Fuck your sister
Fuck your brother
Fuck your mother
Fuck your pop-
Hey! I'm a cop!

Yeah, fuck you, yuppie,
Fuck your puppy
Fuck your baby
Fuck your lady
Yes I can,
Hey! I'm the Man!

Pynchon en español

La corta obra de Pynchon ya ha conocido dos versiones en castellano. *V.* ha sido publicada en 1987 por Tusquets y dos años más tarde apareció *El Arco Iris de Gravedad*. La misma editorial acaba de lanzar la traducción de *Vineland*, y se estima que llegará a la Argentina en poco tiempo, junto con la colección de cuentos del joven Pynchon.

MIL PERSONAJES EN BUSCA DE UN AUTOR. La superficie exterior de *Vineland* es pura banalidad. Su argumento parece extraído de una película serie B o bien una telenovela. Prairie vive con su padre, un ex hippie llamado Zoyd Wheeler, en Vineland County, una pequeña ciudad al norte de California. Perdió de vista a su madre (Frenesi Gates) cuando aprendió a caminar. Un buen día aparece Héctor, un viejo villano del pasado de Zoyd, y éste se ve obligado a huir y olvidar a Prairie. Por una casualidad (?), ella encuentra a DL, un antiguo amigo hippie de su mamá, y la vida de Frenesi comienza a rodar por una serie de historias absurdas encadenadas entre sí. Si bien la novela se desarrolla en 1984, nos vemos arrastrados a los radicales años 60 americanos, a extraños ambientes japoneses, a centros de trata de blancas, a bases militares clandestinas y otros paisajes similares por los que desfilan mil personajes increíbles. La familia está dispersa y todas las búsquedas y huidas apuntan a recuperar la armonía. Como en cualquier folletín que se precie de tal.

En las novelas anteriores de Pynchon ya encontramos un tema recurrente: la lucha entre la entropía y la paranoia. El concepto de entropía (aunque de un modo muy esquemático) proviene en parte de la termodinámica y en parte de las áreas ligadas a la comunicación social. Estaría indicando la lucha permanente en pos de un balance en el cual el individuo es insignificante, apenas una pieza entre las fuerzas que crean la realidad que lo rodea. La paranoia surge así como una forma de protesta contra esas fuerzas.

En *V* y en *Gravity's Rainbow* se hacía manifiesto un abierto combate entre lo que Pynchon llama el "sistema Nosotros" y el "sistema Ellos". "La paranoia creativa es un medio de desarrollo por el cual el sistema Nosotros es capaz de imponerse sobre el sistema Ellos", afirma el autor. La entropía parece ser consciente de que su rival es mucho más débil, y aun cuando nos resulta sencillo localizar los límites del "sistema Ellos" (ya que hacerlo implica el contacto con la paranoia), Pynchon está convencido de que existe una frontera entre ambos sistemas. En *Vineland*, esta frontera ha sido borrada. En la primera parte de la novela, Zoyd sueña con palomas mensajeras que portan un mensaje inaccesible: el sistema Nosotros no tiene espacio en una realidad como la que se figura en *Vineland*. La saludable paranoia se ha convertido en una traicionera rutina, al tiempo que en una curiosidad histórica. No es casual que la novela se desarrolle en 1984, y mucho menos si consideramos la carga mítica que arrastra este año "orwelliano".

Si las novelas antecesoras de Pynchon intentaban leer o traducir el mundo a través del texto, *Vineland* lo hace a través del video (para ser más precisos: el video-game). El texto, en consecuencia, está ligado al sistema Ellos. En *Vineland* domina el reino de la imagen: la televisión (a la que Pynchon prefiere llamar *The Tube*) y el cine. Los personajes parecen extraídos de una película de ciencia ficción clase B, y llevan nombres tales como Zoyd Wheeler, Brock Vond o Scott Oof (los nombres de Pynchon son algo especial: hay un mafioso llamado "Two Ton" Carmine Torpidini, un grupo de rock conocido por Billy Barf and the Vomitones, una fábrica japonesa de microchips electrónicos cuya razón es Tokkata & Fuji, y varias delicias por el estilo). En sus relaciones interpersonales estos personajes imitan y citan de continuo a conocidas figuras de la TV, escuchan en el auto la música de Psycho, y al caer la noche declaran solemnes: "the end of a movie". Para Thomas Pynchon parece no haber dudas respecto de que la televisión es la culpable directa de haber asesinado la atmósfera revolucionaria que imperaba en los 60. La técnica, para él, siempre militó en el bando de la entropía.

En los Estados Unidos de los 80 la entropía se impone de un modo tiránico, absolutista. Incluso una perturbadora social de los quilates de Frenesi ayuda ahora al mantenimiento del equilibrio. Es más: se encuentra fijada sexualmente por uniformes de cualquier tipo. Toda la acción de *Vineland* se desarrolla en una especie de vacío post apocalíptico, en un espacio sin historia (a excepción de la cinematográfica: cada película a la que se alude viene acompañada por su año de producción) y sin canales conductores a una realidad exterior.

En cierta medida, *Vineland* puede asimilarse como un complemento de otra gran novela americana contemporánea: *Carpenter's Gothic*, de William Gaddis. En ella, los personajes son bombardeados con información de todo tipo, útil e inútil, creando una dependencia que llega a sobrepasar incluso la voluntad de las jerarquías sin que nada pueda detenerlo. En Pynchon, no obstante, la atmósfera apocalíptica es mucho más fuerte, más contundente que en la obra de Gaddis, ya que ni siquiera existe la posibilidad de la muerte (encontramos otra sociedad conocida como Thanatoids, formada por gente que debido a un mal karma les está vedado el ingreso al reino de los muertos). La única salida que Pynchon vislumbra es la de una nueva generación que logre escapar al *tubal abuse*, y pueda recuperar la paranoia capaz de crear un nuevo sistema Nosotros.

En la magnífica escena de apertura de *Vineland*, Zoyd se ve obligado a realizar algo "públicamente loco" para mantener su cheque del Estado como discapacitado mental. Ante una buena red de medios de comunicación, se arroja vestido con ropas de mujer desde una ventana panorámica. En el comienzo de *V.*, Benny Profane, su personaje central ("un desgraciado, un yo-yo humano"), observa a "un orate potencial estudiando la mejor técnica para atravesar de un salto el vidrio de un escaparate (¿cuándo hay que gritar 'Jerónimo', antes o después de que el cristal se rompa?)". Este tipo de locura es, para Pynchon, la institucionalización de los '80. Al mismo tiempo, podemos comprobar un hermoso arco tendido a lo largo de toda su narrativa en torno de la letra *V.*, erigida en máximo símbolo paranoico. En su primera novela, definía tanto a un misterioso país como a una joven desflorada en El Cairo, una bailarina alemana en el suroeste africano y una rata hembra que habita las alcantarillas de Nueva York. En *Gravity's Rainbow* los misiles V-2 juegan un rol fundamental y *Vineland* (o *Videoland*) es también el nombre antiguo que se le concedió a América del Norte, descubierta por el viejo vikingo Leif Eriksson, *Vinland the Good*.

La novela de Pynchon admite varias relecturas y exige, quizás, una. A lo largo de toda su obra, queda latente un humanismo que rara vez es puesto de manifiesto, pero se siente. Después del apocalipsis, llega el amor. En esta ocasión, a Pynchon no le sirve de mucho huir de la voracidad de las mass-media y el público. Sus lectores, ya han aprendido a conocerlo.

Best Sellers///

Ficción

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El plan infinito*, por Isabel Allende (Sudamericana, 13,70 pesos). El protagonista Gregory Reeves crece en un barrio de inmigrantes ilegales en Los Angeles, pasa por la Universidad de Berkeley en plena efervescencia hippie y logra volver "ileso" de la guerra de Vietnam para descubrir que cayó en una trampa.	3	18
2	*Paraíso privado*, por Judith Krantz (Emecé, 15 pesos). La creadora de *Princesa Daisy* y tantas heroínas cosmopolitas presenta ahora a Jazz, impetuosa y alocada fotógrafa profesional y sorprendida heredera de un codiciable paraíso privado de tres millones de dólares.	4	5
3	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17,80 pesos). La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al Nuevo Mundo como panorámico telón de fondo.	1	23
4	*Inshallah*, por Oriana Fallaci (Emecé, 26 pesos) Monumental novela que intenta rendir homenaje a las víctimas de todas las matanzas del mundo. Entre personajes imaginarios, historias semiauténticas y paisajes de guerras reales, se mueve esta defensa a la vida.	—	1
5	*El ojo del samurai*, por Morris West (Vergara, 10,85 pesos). El escritor de best sellers mundiales proyecta a sus personajes en una Unión Soviética devastada que pide ayuda y la trama se desenvuelve en Bangkok entre capitalistas alemanes y japoneses.	5	24
6	*La conspiración del Juicio Final*, por Sidney Sheldon (Emecé, 14 pesos). Los descubrimientos de un oficial que investiga el accidente de un globo meteorológico en los Alpes suizos forman una historia de amor y suspenso.	2	29
7	*Clave griega*, por Colin Forbes (Vergara, 14,40 pesos) Una diabólica conspiración generada cuarenta años atrás amenaza ahora con destruir el precario equilibrio de la glasnost. Tweed, Paula Grey y Newman deberán descubrir el secreto de la clave griega antes de que sea demasiado tarde.	9	5
8	*Santo oficio de la memoria*, por Mempo Giardinelli (Grupo Editor Norma, 25 pesos). Novelario por la que transitan en sus casi setecientas páginas cuatro generaciones. La historia abarca desde la llegada de los italianos Antonio y Angiulina hasta el retorno de Pedro a la Argentina en 1983.	10	6
9	*Fuegia*, por Belgrano Rawson (Sudamericana, 9,7 pesos). Una novela de prosa transparente y precisa que arranca con la historia de los últimos nativos fueguinos, busca el Norte y encuentra —sin esfuerzo— el interés del lector.	6	22
10	*El camino a Gandolfo*, por Robert Ludlum (Emecé, 12 pesos) Un general, un abogado y cuatro ex esposas participan del secuestro del Papa Francisco I, cuyo rescate vale un dólar por cada católico.	7	4

Historia, ensayo

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos) ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	1	19
2	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos) Nueva visita para desentrañar el viejo escándalo de contuvernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno. Una investigación que pone de manifiesto quién ejerce el poder real en el país.	—	1
3	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	2	42
4	*Señales de guerra*, por Lawrence Freedman y Virginia Gamba-Stonehouse (Vergara, 18 pesos). A diez años del conflicto del Atlántico Sur, un ensayo a fondo elaborado a partir de todas las fuentes disponibles. Texto obligatorio en las academias de guerra de Estados Unidos e Inglaterra.	4	5
5	*El asedio a la modernidad*, por Juan José Sebreli (Sudamericana, 13,95 pesos) Una revisión crítica dce las ideas predominantes en la segunda mitad del siglo XX que comienza con el pensamiento de Nietzche y desemboca en el posmodernismo.	3	22
6	*El octavo círculo*, por Gabriela Cerruti y Sergio Ciancaglini (Planeta, 13,15 pesos). El menemóvil, la Ferrari, las privatizaciones, el caso Swift, la crisis matrimonial y otros entretelones conforman una crónica exhaustiva de los dos primeros años del gobierno de Menem.	6	32
7	*Almirante Cero*, por Claudio Uriarte (Planeta, 17 pesos). La biografía no autorizada del almirante Emilio Eduardo Massera. Sus ambiciones desmedidas, sus temibles "ajustes de cuentas" y su proyecto político dan cuenta, además, de la puja entre las Fuerzas Armadas y los siniestros juegos de poder de la última dictadura militar.	5	6
8	*La antidieta*, por Harvey y Marilyn Diamond (Emecé-Uno, 11,80 pesos). El libro que permaneció más de un año en la lista de los más vendidos en Estados Unidos propone una nueva manera de enfocar la alimentación: lo importante no es lo que se come, sino cómo y cuándo se come.	8	30
9	*Pensamientos del corazón*, por Louise L. Hay (Urano, 12 pesos). Meditaciones y tratamientos espirituales que recomiendan conectarse con el Ser Interior para mejorar la calidad de vida y confiar en la capacidad de cambiar.	7	19
10	*Corazones en llamas*, por Laura Ramos y Cynthia Lejbowicz (Clarín/Aguilar, 12 pesos). Una historia novelada de la última década del rock and roll argentino. Sus protagonistas la cuentan y, según las autoras, "se consumen de pasión, de amor y de escarnio".	10	22

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross (Rosario); Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Eric Lax: **Gustave Flaubert** (Tusquets Editores). Monumental y perfecta vida de aquel que practicó la literatura como una ciencia exacta e improvisó sin reglas en cuanto a las relaciones humanas. Esta biografía supo causar cierto revuelo en Francia porque, por primera vez, pruebas irrefutables derrumbaban ciertas leyendas flaubertianas hasta entonces indiscutibles.

Pete Dexter: **París Trout (Anagrama).** Opresiva y oscura novela donde no cuesta demasiado adivinar la sombra de Faulkner agazapada en los rincones de la trama. Un psicópata, una mujer y un abogado conforma el triángulo protagónico de una historia de amor, locura y muerte que sólo podría transcurrir en el sur norteamericano. Ganadora del National Book Award.

Carnets///

ENSAYO

Mitos y susurros

EL PODER DEL MITO por Joseph Campbell en diálogo con Bill Moyers. 314 páginas. 18 pesos.

Cuando Zaratustra decide abandonar la montaña en la que ha pasado los últimos diez años de su vida y emprende el descenso hacia el lugar en donde se encuentran los hombres, se cruza en el camino con un viejo de cabellos blancos, habitante solitario de los bosques, que le aconseja no seguir su camino y quedarse, como él, viviendo entre las bestias. "¿Y qué hace el santo en el bosque?", le pregunta entonces Zaratustra, a lo que el viejo responde: "Hago cantos y los canto, y cuando hago cantos, río, lloro y murmullo. Así alabo a Dios. Con cantos, lágrimas, risas y murmullos alabo al Dios que es mi Dios". Al separarse de él, Zaratustra se pregunta: "¿Será posible? ¡Este santo anciano no ha oído aún en su bosque que *Dios ha muerto!*".

Este encuentro que Nietzsche nos relata al comienzo de *Así hablaba Zaratustra* contrapone dos personajes que bien podrían identificarse con dos tipos de sociedades distanciadas principalmente por el carácter diferenciado de la relación que cada una de ellas establece con la divinidad: el viejo personificaría un tipo de sociedad en la que Dios es una presencia cotidiana, en la que la relación que el hombre establece con la naturaleza adquiere un carácter sagrado y en donde el ritual —danzas, cantos, sacrificios— constituye un camino de acceso directo a Dios; Zaratustra, por su parte, se relacionaría más bien con la modernidad, con ese problemático mundo en donde ya no existen los dioses, en donde el espacio de las creencias —y también el de los rituales— ha sido rigurosamente desplazado.

Frente a este último modelo, que no es ni más ni menos que el mundo en el que transcurren nuestras propias vidas, Joseph Campbell intenta restituir un tipo de experiencia espiritual que le devuelva al hombre la armonía que alguna vez tuvo con el universo y que le permita vivir una vida más feliz. Y en ese intento, el mito recupera el espacio central que alguna vez ocupó en Grecia, en Roma, en el Oriente, en los pueblos llamados primitivos; el mito vuelve a convertirse en el medio privilegiado de acceso a un tipo de conocimiento de las cuestiones humanas que no tiene que ver con la erudición sino más bien con la sabiduría. Pero vuelve distinto, por supuesto; las condiciones cambian: ya no son los chamanes, las sacerdotisas o los vates los que relacionan al hombre con lo trascendente. Ese lugar está ocupado ahora por el poeta.

¿Pero qué es un mito? Pierre Grimal sostiene que un mito "es una narración que se refiere a un orden del mundo anterior al orden actual, y que no está destinado a explicar una particularidad local y limitada, sino una ley orgánica de la naturaleza de las cosas". Mircea Eliade amplía esta visión y señala que "el mito cuenta cómo, gracias a las hazañas de los Seres Sobrenaturales, una realidad ha venido a la existencia, sea ésta la realidad total, el Cosmos, o solamente un fragmento". Pero Campbell maneja una concepción de mito todavía más amplia, en donde incluye todos los relatos (tanto religiosos como profanos) protagonizados por dioses o por héroes que guardan relación con las más profundas experiencias humanas, y que comparten con la metáfora el hecho de narrar en forma desplazada: el mito cuenta una historia para contar otra.

En *El poder del mito* Campbell vuelve una y otra vez sobre sus viejas obsesiones. Desde *El héroe de las mil caras*, su primer libro, publicado en 1949, hasta este último texto que aparece después de su muerte —ocurrida en 1987—, Campbell estudió minuciosamente la importancia de los mitos en los diferentes pueblos y civilizaciones, a la vez que se interesó por la recurrencia de ciertas imágenes en pueblos que nada tenían que ver entre sí (esas a las que Jung había llamado "imágenes arquetípicas") y también por el espacio del mito en el mundo actual. En este sentido analizó el asesinato de Kennedy y el posterior duelo del pueblo norteamericano, también en este sentido interpretó a los Beatles, analizándolos según el viejo modelo mítico del héroe.

El poder del mito se compone de una serie de diálogos que Campbell sostuvo con el periodista Bill Moyers para la televisión norteamericana, es decir que se trata no de un intercambio entre especialistas sino más bien de un texto de divulgación. Este hecho garantiza casi de por sí un dinamismo difícil de conseguir en un ensayo, ventaja a la que se agrega la habilidad de Moyers, que conoce el tema del que se habla pero cuyas preguntas apuntan siempre a alejarse de la erudición, aun a riesgo de caer —y de hecho, algunas veces cae— en una exagerada inocencia. En cuanto a los méritos, la mayor parte son de Campbell: infinidad de microhistorias de pueblos remotos (el mito no se reduce aquí, como ocurre generalmente, a Grecia y a Roma) de un increíble valor estético; una nueva perspectiva desde la cual abordar los problemas de la modernidad y sobre todo una estrechísima relación con la literatura a la que Campbell devuelve su viejo valor formativo (valor por el cual Platón se había visto obligado a replantearse el papel de los poetas en su *República*). Consejos sobre cómo leer o afirmaciones como aquella en la que sostiene que la lectura de un buen libro puede ser una de esas experiencias sagradas que escasean en la modernidad son algunas de las agradables sorpresas que es posible encontrar en este texto.

Pero también hay opiniones muy polémicas. La preocupación central de Campbell por un tipo de organización social que incluya a todos los individuos y que mantenga lazos firmes con su tradición lo lleva a mirar con profunda desconfianza toda especie de cambio social. Es por eso que tanto le preocupan los ritos de iniciación (ese momento en que los niños pasan a pertenecer al mundo

POESIA

Dar escala a las

LA ANSIEDAD PERFECTA, por Daniel Samoilovich, Ediciones de La Flor, 138 páginas, $ 9,50.

Para el ojo lector los objetos pueden convertirse en signos ortográficos: una hilera de lamparitas es una sucesión de puntos que pone en el espacio los intervalos temporales, las llamas del fuego son actuantes signos de admiración. Con la mirada atenta —ansiosa— el ojo quiere penetrar el modo de ser de las cosas que se muestran para dejarse ver como son, ofreciendo la posibilidad de exhibirse en la intimidad del lenguaje.

Desde el segundo libro de Daniel Samoilovich, *El Mago* (1985) hasta *La ansiedad perfecta* (1991) este interés por lo cotidiano en busca de la precaria certeza que da el saber que las cosas no sin indiferentes porque el yo no lo es tampoco, ha recorrido un trayecto provechoso en la consolidación de una poética que bien puede definirse como *el saber del ver*. La mirada es conjetural, intento de transitar el abismo que separa las palabras de las cosas. Intensificada, propone una situación crítica, con la dificultad que plantea el deseoso vuelco sobre la circundante en un fuerte ejercicio de lectura que a su vez escribe.

Dirigida al gusto y al pensamiento esta poesía activa varias direcciones de lectura: en principio, la ordenada sucesión que configura el conjunto de poemas: "El lago", "El río", "La mer d'Italie", "Atopías", etc., junto con una serie de notas al final, de modo que se promueven otros recorridos: la vinculación de una nota con un poema, de un poema con otro —especialmente en "La mer d'Italie" o "Madrid" a partir del trabajo con un verso que reiterado funciona como *motivo*—, de una nota con otro poema, de un poema o una nota con algún texto de *El Mago*.

Gravedad, expresión parca, distancia, reposo inquieto si vale la antítesis, el texto no se exaspera, presenta escenas, narra pequeños sucesos con la elegancia de un ritmo eufónico contrastado con el uso de un vocabulario sencillo. Juega a la mesura que sustancie lo que se ve y a quien ve. Como si el temor de desvanecimiento de uno y otro lo acechara, afirma la posibilidad de la escritura recortada sobre una imposible identidad entre el mundo de la gnosis y de la physis. Como reconoce este imposible y no hiperboliza su consecuencia puede explorar inhabituales acercamientos conjugando lo visible con extrañas alianzas que involucran lo desconocido sin mitificarlo.

Las imágenes se suceden como instantáneas móviles. Los dibujos de

Best Sellers///

Ficción

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El plan infinito*, por Isabel Allende (Sudamericana, 13,70 pesos). El protagonista Gregory Reeves crece en un barrio de inmigrantes ilegales en Los Angeles, pasa por la Universidad de Berkeley en plena efervescencia hippie y logra volver "ileso" de la guerra de Vietnam para descubrir que cayó en una trampa.	3	18
2	*Paraiso privado*, por Judith Krantz (Emecé, 15 pesos). La creadora de *Princesa Daisy* y tantas heroínas cosmopolitas presenta ahora a Jazz, impetuosa y alocada fotógrafa profesional y sorprendida heredera de un codiciable paraiso privado de tres millones de dólares.	4	5
3	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17,80 pesos). La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al Nuevo Mundo como panorámico telón de fondo.	1	23
4	*Inshallah*, por Oriana Fallaci (Emecé, 26 pesos) Monumental novela que intenta rendir homenaje a las víctimas de todas las matanzas del mundo. Entre personajes imaginarios, historias semiauténticas y paisajes de guerras reales, se mueve esta defensa a la vida.	—	1
5	*El ojo del samurai*, por Morris West (Vergara, 10,85 pesos). El escritor de best sellers mundiales proyecta a sus personajes en una Unión Soviética devastada que pide ayuda y la trama se desenvuelve en Bangkok entre capitalistas alemanes y japoneses.	5	24
6	*La conspiración del Juicio Final*, por Sidney Sheldon (Emecé, 14 pesos). Los descubrimientos de un oficial que investiga el accidente de un globo meteorológico en los Alpes suizos forman una historia de amor y suspenso.	2	29
7	*Clave griega*, por Colin Forbes (Vergara, 14,40 pesos) Una diabólica conspiración generada cuarenta años atrás amenaza ahora con destruir el precario equilibrio de la glasnost. Tweed, Paula Grey y Newman deberán descubrir el secreto de la clave griega antes de que sea demasiado tarde.	9	5
8	*Santo oficio de la memoria*, por Mempo Giardinelli (Grupo Editor Norma, 25 pesos). Novelario por la que transitan en sus casi setecientas páginas cuatro generaciones. La historia abarca desde la llegada de los italianos Antonio y Angiulina hasta el retorno de Pedro a la Argentina en 1983.	10	6
9	*Fuegia*, por Belgrano Rawson (Sudamericana, 9,7 pesos). Una novela de prosa transparente y precisa que arranca con la historia de los últimos nativos fueguinos, busca el Norte y encuentra —sin esfuerzo— el interés del lector.	6	22
10	*El camino a Gandolfo*, por Robert Ludlum (Emecé, 12 pesos) Un general, un abogado y cuatro ex esposas participan del secuestro del Papa Francisco I, cuyo rescate vale un dólar por cada católico.	7	4

Historia, ensayo

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos) ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	1	19
2	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos) Nueva visita para desentrañar el viejo escándalo de contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno. Una investigación que pone de manifiesto quién ejerce el poder real en el país.	—	1
3	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	2	42
4	*Señales de guerra*, por Lawrence Freedman y Virginia Gamba-Stonehouse (Vergara, 18 pesos). A diez años del conflicto del Atlántico Sur, un ensayo a fondo elaborado a partir de todas las fuentes disponibles. Texto obligatorio en las academias de guerra de Estados Unidos e Inglaterra.	4	5
5	*El asedio a la modernidad*, por Juan José Sebreli (Sudamericana, 13,95 pesos) Una revisión crítica dce las ideas predominantes en la segunda mitad del siglo XX que comienza con el pensamiento de Nietzche y desemboca en el posmodernismo.	3	22
6	*El octavo círculo*, por Gabriela Cerruti y Sergio Ciancaglini (Planeta, 13,15 pesos). El menemóvil, la Ferrari, las privatizaciones, el caso Swift, la crisis matrimonial y otros entretelones conforman una crónica exhaustiva de los dos primeros años del gobierno de Menem.	6	32
7	*Almirante Cero*, por Claudio Uriarte (Planeta, 17 pesos). La biografía no autorizada del almirante Emilio Eduardo Massera. Sus ambiciones desmedidas, sus temibles "ajustes de cuentas" y su proyecto político dan cuenta, además, de la puja entre las Fuerzas Armadas y los siniestros juegos de poder de la última dictadura militar.	5	6
8	*La antidieta*, por Harvey y Marilyn Diamond (Emecé-Uno, 11,80 pesos). El libro que permaneció más de un año en la lista de los más vendidos en Estados Unidos propone una nueva manera de enfocar la alimentación: lo importante no es lo que se come, sino cómo y cuándo se come.	8	30
9	*Pensamientos del corazón*, por Louise L. Hay (Urano, 12 pesos). Meditaciones y tratamientos espirituales que recomiendan conectarse con el Ser Interior para mejorar la calidad de vida y confiar en la capacidad de cambiar.	7	19
10	*Corazones en llamas*, por Laura Ramos y Cynthia Lejbowicz (Clarín/Aguilar, 12 pesos). Una historia novelada de la última década del rock and roll argentino. Sus protagonistas la cuentan y, según las autoras, "se consumen de pasión, de amor y de escarnio".	10	22

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross (Rosario); Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Eric Lax: **Gustave Flaubert** (Tusquets Editores). Monumental y perfecta vida de aquel que practicó la literatura como una ciencia exacta e improvisó sin reglas en cuanto a las relaciones humanas. Esta biografía supo causar cierto revuelo en Francia porque, por primera vez, pruebas irrefutables derrumbaban ciertas leyendas flaubertianas hasta entonces indiscutibles.

Pete Dexter: **Paris Trout (Anagrama).** Opresiva y oscura novela donde no cuesta demasiado adivinar la sombra de Faulkner agazapada en los rincones de la trama. Un psicópata, una mujer y un abogado conforma el triángulo protagónico de una historia de amor, locura y muerte que sólo podría transcurrir en el sur norteamericano. Ganadora del National Book Award.

Carnets///

ENSAYO

Mitos y susurros

EL PODER DEL MITO por Joseph Campbell en diálogo con Bill Moyers. 314 páginas. 18 pesos.

Cuando Zaratustra decide abandonar la montaña en la que ha pasado los últimos diez años de su vida y emprende el descenso hacia el lugar en donde se encuentran los hombres, se cruza en el camino con un viejo de cabellos blancos, habitante solitario de los bosques, que le aconseja no seguir su camino y quedarse, como él, viviendo entre las bestias. "¿Y qué hace el santo en el bosque?", le pregunta entonces Zaratustra, a lo que el viejo responde: "Hago cantos y los canto, y cuando hago cantos, río, lloro y murmullo. Así alabo a Dios. Con cantos, lágrimas, risas y murmullos alabo al Dios que es mi Dios". Al separarse de él, Zaratustra se pregunta: "¿Será posible? ¡Este santo anciano no ha oído aún en su bosque que *Dios ha muerto*!".

Este encuentro que Nietzsche nos relata al comienzo de *Así hablaba Zaratustra* contrapone dos personajes que bien podrían identificarse con dos tipos de sociedades distanciadas principalmente por el carácter diferenciado de la relación que cada una de ellas establece con la divinidad: el viejo personificaría un tipo de sociedad en la que Dios es una presencia cotidiana, en la que la relación que el hombre establece con la naturaleza adquiere un carácter sagrado y en donde el ritual —danzas, cantos, sacrificios— constituye un camino de acceso directo a Dios; Zaratustra, por su parte, se relacionaría más bien con la modernidad, con ese problemático mundo en donde ya no existen los dioses, en donde el espacio de las creencias —y también el de los rituales— ha sido rigurosamente desplazado.

Frente a este último modelo, que no es ni más ni menos que el mundo en el que transcurren nuestras propias vidas, Joseph Campbell intenta restituir un tipo de experiencia espiritual que le devuelva al hombre la armonía que alguna vez tuvo con el universo y que le permita vivir una vida más feliz. Y en ese intento, el mito recupera el espacio central que alguna vez ocupó en Grecia, en Roma, en el Oriente, en los pueblos llamados primitivos; el mito vuelve a convertirse en el medio privilegiado de acceso a un tipo de conocimiento de las cuestiones humanas que no tiene que ver con la erudición sino más bien con la sabiduría. Pero vuelve distinto, por supuesto; las condiciones cambian: ya no son los chamanes, las sacerdotisas o los vates los que relacionan al hombre con lo trascendente. Ese lugar está ocupado ahora por el poeta.

¿Pero qué es un mito? Pierre Grimal sostiene que un mito "es una narración que se refiere a un orden del mundo anterior al orden actual, y que no está destinado a explicar una particularidad local y limitada, sino una ley orgánica de la naturaleza de las cosas". Mircea Eliade amplía esta visión y señala que "el mito cuenta cómo, gracias a las hazañas de los Seres Sobrenaturales, una realidad ha venido a la existencia, sea ésta la realidad total, el Cosmos, o solamente un fragmento". Pero Campbell maneja una concepción de mito todavía más amplia, en donde incluye todos los relatos (tanto religiosos como profanos) protagonizados por dioses o por héroes que guardan relación con las más profundas experiencias humanas, y que comparten con la metáfora el hecho de narrar en forma desplazada: el mito cuenta una historia para contar otra.

En *El poder del mito* Campbell vuelve una y otra vez sobre sus viejas obsesiones. Desde *El héroe de las mil caras*, su primer libro, publicado en 1949, hasta este último texto que aparece después de su muerte —ocurrida en 1987—, Campbell estudió minuciosamente la importancia de los mitos en los diferentes pueblos y civilizaciones, a la vez que se interesó por la recurrencia de ciertas imágenes en pueblos que nada tenían que ver entre sí (esas a las que Jung había llamado "imágenes arquetípicas") y también por el espacio del mito en el mundo actual. En este sentido analizó el asesinato de Kennedy y el posterior duelo del pueblo norteamericano, también en este sentido interpretó a los Beatles, analizándolos según el viejo modelo mítico del héroe.

El poder del mito se compone de una serie de diálogos que Campbell sostuvo con el periodista Bill Moyers para la televisión norteamericana, es decir que se trata no de un intercambio entre especialistas sino más bien de un texto de divulgación. Este hecho garantiza casi de por sí un dinamismo difícil de conseguir en un ensayo, ventaja a la que se agrega la habilidad de Moyers, que conoce el tema del que se habla pero cuyas preguntas apuntan siempre a alejarse de la erudición, aun a riesgo de caer —y de hecho, algunas veces cae— en una exagerada inocencia. En cuanto a los méritos, la mayor parte son de Campbell: infinidad de microhistorias de pueblos remotos (el mito no se reduce aquí, como ocurre generalmente, a Grecia y a Roma) de un increíble valor estético; una nueva perspectiva desde la cual abordar los problemas de la modernidad y sobre todo una estrechísima relación con la literatura a la que Campbell devuelve su viejo valor formativo (valor por el cual Platón se había visto obligado a replantearse el papel de los poetas en su *República*). Consejos sobre cómo leer o afirmaciones como aquella en la que sostiene que la lectura de un buen libro puede ser una de esas experiencias sagradas que escasean en la modernidad son algunas de las agradables sorpresas que es posible encontrar en este texto.

Pero también hay opiniones muy polémicas. La preocupación central de Campbell por un tipo de organización social que incluya a todos los individuos y que mantenga lazos firmes con su tradición lo lleva a mirar con profunda desconfianza toda especie de cambio social. Es por eso que tanto le preocupan los ritos de iniciación (ese momento en que los niños pasan a pertenecer al mundo de los adultos y a participar activamente en todas las experiencias del grupo) y también es por eso que siente nostalgia por esas civilizaciones en donde el pasaje del niño al hombre se marcaba en el cuerpo. A Campbell lo aterroriza cualquier grupo marginal, cualquier individuo que entre en conflicto con el orden vigente.

Por otro lado, el hombre, para Campbell, sólo puede modificarse a sí mismo; cualquier otro tipo de cambio es ridículo e imposible. El mundo "es grandioso así como es. Y ustedes no lo mejorarán. Nadie lo ha mejorado nunca. Nunca será mejor de lo que es. Es como es, tómenlo o déjenlo. No lo corregirán ni lo mejorarán". Opiniones de esta naturaleza es posible encontrar a montones.

El poder del mito ensaya, entonces, una respuesta polémica al gran interrogante de la modernidad: en un mundo como el nuestro, qué espacio le queda a la trascendencia. En ese hueco, Campbell coloca al mito, de quien podríamos decir, como Barthes dice de ciertas obras literarias, que es eterno "no porque imponga un sentido único a hombres diferentes, sino porque sugiere sentidos diferentes a un hombre único".

KARINA GALPERIN

POESIA

Dar escala a las cosas

LA ANSIEDAD PERFECTA, por Daniel Samoilovich, Ediciones de La Flor, 138 páginas, $ 9,50.



Para el ojo lector los objetos pueden convertirse en signos ortográficos: una hilera de lamparitas es una sucesión de puntos que pone en el espacio los intervalos temporales, las llamas del fuego son actuantes signos de admiración. Con la mirada atenta —ansiosa— el ojo quiere penetrar el modo de ser de las cosas que se muestran para dejarse ver como son, ofreciendo la posibilidad de exhibirse en la intimidad del lenguaje.

Desde el segundo libro de Daniel Samoilovich, *El Mago* (1985) hasta *La ansiedad perfecta* (1991) este interés por lo cotidiano en busca de la precaria certeza que da el saber que las cosas no sin indiferentes porque el yo no lo es tampoco, ha recorrido un trayecto provechoso en la consolidación de una poética que bien puede definirse como *el saber del ver*. La mirada es conjetural, intento de transitar el abismo que separa las palabras de las cosas. Intensificada, propone una situación crítica, con la dificultad que plantea el deseoso vuelco sobre la circundante en un fuerte ejercicio de lectura que a su vez escribe.

Dirigida al gusto y al pensamiento esta poesía activa varias direcciones de lectura: en principio, la ordenada sucesión que configura el conjunto de poemas: "El lago", "El río", "La mer d'Italie", "Atopías", etc., junto con una serie de notas al final, de modo que se promueven otros recorridos: la vinculación de una nota con un poema, de un poema con otro —especialmente en "La mer d'Italie" o "Madrid" a partir del trabajo con un verso que reiterado funciona como *motivo*—, de una nota con otro poema, de un poema o una nota con algún texto de *El Mago*.

Gravedad, expresión parca, distancia, reposo inquieto si vale la antítesis, el texto no se exaspera, presenta escenas, narra pequeños sucesos con la elegancia de un ritmo eufónico contrastado con el uso de un vocabulario sencillo. Juega a la mesura que sustancie lo que se ve y a quien ve. Como si el temor de desvanecimiento de uno y otro lo acechara, afirma la posibilidad de la escritura recortada sobre una imposible identidad entre el mundo de la gnosis y de la physis. Como reconoce este imposible y no hiperboliza su consecuencia puede explorar inhabituales acercamientos conjugando lo visible con extrañas alianzas que involucran lo desconocido sin mitificarlo.

Las imágenes se suceden como instantáneas móviles. Los dibujos de Juan Pablo Renzi, en blanco y negro, complejizan la dimensión visual frente a los colores puros que los poemas imponen: el nacimiento del verde, la intensa fulguración del amarillo, la significativa oposición entre el azul y el rojo. Ante una naturaleza perdida sin remedio, el paisaje como cultura devuelve una naturaleza a través de un sujeto que la mira dejando en ella la huella de su mirada.

Podría decirse que no hay nada más que lo que vemos, pero eso es mucho, tanto como para conjurar la insustancialidad o la indiferencia. No se trata de multiplicar la perspectiva al infinito ni de hacerse cómplice de sus engaños sino de trabajar en el plano. Del juego de lo regular surge el *acontecimiento*. Convencido de que insistir en exhibirlo le quitaría, por previsible, el carácter de tal, Samoilovich se distingue en este acto de las poéticas de lo vistoso o de la pura enunciación del misterio. Como la prosa de Huidobro, hace nacer el acontecimiento del poema, o mejor, *en* el poema.

Pero no hay ingenuidad en esta poética que pretende desilusionar el mundo de las ilusiones y para eso insiste en el trabajo activo de la mirada sobre el mundo. El paisaje, del campo o la ciudad, no se arma sin afirmar al mismo tiempo su carácter conflictivo ni existe sin un sujeto que lo mire, solipsismo optimista que no renuncia a buscar ni queda atrapado en la reproducción o la representación. El yo deja que las cosas vengan a él respetando sus modos y registrándolos. Ese registro es el paisaje. Una persistente lógica pone a prueba las certidumbres, pero no opta por el regodeo en la incerteza o el sinsentido. En todo caso el sinsentido servirá para dar cuenta de que hay sentido. No otra cosa expresa "Horror Vacui", uno de los poemas más interesantes del libro.

La ansiedad perfecta es la vida signada por la reticencia. Verdadero principio compositivo de este discurso poético, la reticencia opera los recortes, delimita espacios, acota la extensión hasta hacerla motivos variables, puntos de vista dispares y siempre sin embargo obsedidos por la misma fantástica sensación de que algo palpita aún en una serie de fotos inservibles.

Las notas del final están en plena consonancia con el carácter reflexivo de esta poesía, y evidencian la responsabilidad intelectual de quien apuesta al conocimiento poético. Es la actividad de una razón ansiosa, por eso perfecta.

SUSANA CELLA

FICCION

Puerto Rico mon amour

MALDITO AMOR, por Rosario Ferré. Sudamericana/Literal Books. Col. Narrativas Latinoamericanas, 1992, 183 páginas.

Puerto Rico es conocido, en la Argentina, por varias razones: por las series traducidas en ese lugar, por la selección de básquet, por sus playas caribeñas y por el grupo musical Menudo. Generalmente (y lamentablemente), el conocimiento termina en ese punto. Poco se sabe de su literatura y hasta es habitual ignorarla completamente a la hora de hablar de literatura latinoamericana. La tendencia habitual (que encierra un ademán despectivo) es calificarla como una especie de subcategoría del sistema literario norteamericano. Muy por el contrario, pocos territorios hispanoparlantes vienen produciendo en los últimos años una narrativa tan trascendente (por su temática, por su tensión lingüística, por su experimentalismo y por su originalidad) como es el caso de Puerto Rico.

Pocas literaturas se han preocupado tanto por un tema que también en la Argentina suele despertar, cada tanto, alguna polémica: la identidad nacional. Casi no hay autor puertorriqueño que no haya tratado de poner claro sobre oscuro esta cuestión. Sus mejores narradores actuales (Díaz Valcarcel, Luis R. Sánchez, Ana Lydia Vega, R. López Nieves, Escobar Ruiz) no pueden soslayar la preocupación por el status político, social, lingüístico y cultural de la isla. Rosario Ferré no es la excepción.

Ferré es una de los pocos autores boricuas que logró cierta trascendencia fuera de su país debido, especialmente, a su obra *Papeles de Pandora* (editada en México y de pronta aparición en edición argentina) y a su labor como fundadora y directora de la revista *Zona de carga y descarga*, dedicada a divulgar las creaciones de los autores puertorros de su generación. La reciente edición de *Maldito amor* viene a confirmar sus virtudes y los fuertes lazos que la unen con la tradición literaria puertorriqueña más genuina.

Maldito amor se abre con un excelente prólogo de la autora. Pocas páginas le bastan no sólo para reflexionar sobre su propia obra sino también para brindar un completísimo cuadro de situación del Puerto Rico de hoy y de su búsqueda casi desesperada de una identidad nacional. Algunos datos aportados por Ferré son elocuentes: "Al presente Puerto Rico es una pais de aproximadamente seis millones de habitantes, tres de los cuales viven en la isla, tres en el extranjero". La palabra "extranjero", en realidad, significa "Estados Unidos", donde viven más de dos millones de nativos boricuas.

"No creo —escribe Ferré— que exista otro país latinoamericano donde la definición de la nacionalidad constituya un problema tan agudo como lo es hoy todavía en Puerto Rico." La idea de nación, por supuesto, no es sólo un problema político. La literatura es también un campo donde se dirime el combate por una identidad propia. La lengua pierde su aparente valor neutro de expresión y se convierte en un bastión desde donde se resiste y se alimenta todo tipo de rebeldía contra el poder. *Maldito amor* reúne cuatro historias que no tienen lazos narrativos evidentes. Sin embargo, las cuatro narraciones tienen como eje estructurador y como telón de fondo (siempre dispuesto a ganar protagonismo) la tensa relación entre los nativos y los norteamericanos. La primera historia, justamente "Maldito amor", comienza como una parodia de las novelas de la tierra (género aburrido si los hay, sobre todo para aquellos que nunca vieron una vaca personalmente y no tienen ningún interés en hacerlo) pero poco a poco va convirtiéndose en un relato donde lo fundamental es el tenso juego entre verdad y apariencia, entre la confesión y la calumnia.

El mayor grado de parodia lo alcanza Ferré en la última historia, la más lograda de las cuatro que integran este volumen. En "La extraña muerte del Capitancito Candelario", el problema "liberación o dependencia" se reduce a una disputa entre Rockeros y Soneros, entre seguidores de Mick Jagger y partidarios de Ruben Blades.

Ferré no ahorra ironías y sutiles ataques hacia los puertorriqueños que consintieron y aún consienten la situación neocolonial en la que viven. "El Cordero es el símbolo de nuestro pueblo, porque hemos sido siempre amantes de la paz. Por eso, nunca hemos tenido una guerra, porque somos, ante todo, un pueblo constitucionalista, defensor de los procesos de la ley", dice el Capitancito Candelario que da sus buenos golpes a la hora de reprimir a sus conciudadanos. Hipocresías, falsedades, egoísmos, cobardías son puestos a la vista por Rosario Ferré, enamorada, evidentemente, de su Puerto Rico. Tal vez porque no se pueda amar de otra manera que no sea maldiciendo.

SERGIO S. OLGUIN



de los adultos y a participar activamente en todas las experiencias del grupo) y también es por eso que siente nostalgia por esas civilizaciones en donde el pasaje del niño al hombre se marcaba en el cuerpo. A Campbell lo aterroriza cualquier grupo marginal, cualquier individuo que entre en conflicto con el orden vigente.

Por otro lado, el hombre, para Campbell, sólo puede modificarse a sí mismo; cualquier otro tipo de cambio es ridículo e imposible. El mundo "es grandioso así como es. Y ustedes no lo mejorarán. Nadie lo ha mejorado nunca. Nunca será mejor de lo que es. Es como es, tómenlo o déjenlo. No lo corregirán ni lo mejorarán". Opiniones de esta naturaleza es posible encontrar a montones.

El poder del mito ensaya, entonces, una respuesta polémica al gran interrogante de la modernidad: en un mundo como el nuestro, qué espacio le queda a la trascendencia. En ese hueco, Campbell coloca al mito, de quien podríamos decir, como Barthes dice de ciertas obras literarias, que es eterno "no porque imponga un sentido único a hombres diferentes, sino porque sugiere sentidos diferentes a un hombre único".

KARINA GALPERIN

cosas

Juan Pablo Renzi, en blanco y negro, complejizan la dimensión visual frente a los colores puros que los poemas imponen: el nacimiento del verde, la intensa fulguración del amarillo, la significativa oposición entre el azul y el rojo. Ante una naturaleza perdida sin remedio, el paisaje como cultura devuelve una naturaleza a través de un sujeto que la mira dejando en ella la huella de su mirada.

Podría decirse que no hay nada más que lo que vemos, pero eso es mucho, tanto como para conjurar la insustancialidad o la indiferencia. No se trata de multiplicar la perspectiva al infinito ni de hacerse cómplice de sus engaños sino de trabajar en el plano. Del juego de lo real surge el *acontecimiento*. Convencido de que insistir en exhibirlo le quitaría, por previsible, el carácter de tal, Samoilovich se distingue en este acto de las poéticas de lo vistoso o de la pura enunciación del misterio. Como la prosa de Huidobro, hace nacer el acontecimiento del poema, o mejor, *en* el poema.

Pero no hay ingenuidad en esta poética que pretende desilusionar el mundo de las ilusiones y para eso insiste en el trabajo activo de la mirada sobre el mundo. El paisaje, del campo o la ciudad, no se arma sin afirmar al mismo tiempo su carácter conflictivo ni existe sin un sujeto que lo mire, solipsismo optimista que



no renuncia a buscar ni queda atrapado en la reproducción o la representación. El yo deja que las cosas vengan a él respetando sus modos y registrándolos. Ese registro es el paisaje. Una persistente lógica pone a prueba las certidumbres, pero no opta por el regodeo en la incerteza o el sinsentido. En todo caso el sinsentido servirá para dar cuenta de que hay sentido. No otra cosa expresa "Horror Vacui", uno de los poemas más interesantes del libro.

La ansiedad perfecta es la vida signada por la reticencia. Verdadero principio compositivo de este discurso poético, la reticencia opera los recortes, delimita espacios, acota la extensión hasta hacerla motivos variables, puntos de vista dispares y siempre sin embargo obsedidos por la misma fantástica sensación de que algo palpita aún en una serie de fotos inservibles.

Las notas del final están en plena consonancia con el carácter reflexivo de esta poesía, y evidencian la responsabilidad intelectual de quien apuesta al conocimiento poético. Es la actividad de una razón ansiosa, por eso perfecta.

SUSANA CELLA

FICCION

Puerto Rico mon amour

Rosario Ferré
Maldito amor
Sudamericana / Literal Books
Narrativas latinoamericanas

MALDITO AMOR, por Rosario Ferré. Sudamericana/Literal Books. Col. Narrativas Latinoamericanas, 1992, 183 páginas.

Puerto Rico es conocido, en la Argentina, por varias razones: por las series traducidas en ese lugar, por la selección de básquet, por sus playas caribeñas y por el grupo musical Menudo. Generalmente (y lamentablemente), el conocimiento termina en ese punto. Poco se sabe de su literatura y hasta es habitual ignorarla completamente a la hora de hablar de literatura latinoamericana. La tendencia habitual (que encierra un ademán despectivo) es calificarla como una especie de subcategoría del sistema literario norteamericano. Muy por el contrario, pocos territorios hispanoparlantes vienen produciendo en los últimos años una narrativa tan trascendente (por su temática, por su tensión lingüística, por su experimentalismo y por su originalidad) como es el caso de Puerto Rico.

Pocas literaturas se han preocupado tanto por un tema que también en la Argentina suele despertar, cada tanto, alguna polémica: la identidad nacional. Casi no hay autor puertorriqueño que no haya tratado de poner claro sobre oscuro esta cuestión. Sus mejores narradores actuales (Diaz Valcarcel, Luis R. Sánchez, Ana Lydia Vega, R. López Nieves, Escobar Ruiz) no pueden soslayar la preocupación por el status político, social, lingüístico y cultural de la isla. Rosario Ferré no es la excepción.

Ferré es una de los pocos autores boricuas que logró cierta trascendencia fuera de su país debido, especialmente, a su obra *Papeles de Pandora* (editada en México y de pronta aparición en edición argentina) y a su labor como fundadora y directora de la revista *Zona de carga y descarga*, dedicada a divulgar las creaciones de los autores puertorros de su generación. La reciente edición de *Maldito amor* viene a confirmar sus virtudes y los fuertes lazos que la unen con la tradición literaria puertorriqueña más genuina.

Maldito amor se abre con un excelente prólogo de la autora. Pocas páginas le bastan no sólo para reflexionar sobre su propia obra sino también para brindar un completísimo cuadro de situación del Puerto Rico de hoy y de su búsqueda casi desesperada de una identidad nacional. Algunos datos aportados por Ferré son elocuentes: "Al presente Puerto Rico es una pais de aproximadamente seis millones de habitantes, tres de los cuales viven en la isla, tres en el extranjero". La palabra "extranjero", en realidad, significa "Estados Unidos", donde viven más de dos millones de nativos boricuas.

"No creo —escribe Ferré— que exista otro país latinoamericano donde la definición de la nacionalidad constituya un problema tan agudo como lo es hoy todavía en Puerto Rico." La idea de nación, por supuesto, no es sólo un problema politico. La literatura es también un campo donde se dirime el combate por una identidad propia. La lengua pierde su aparente valor neutro de expresión y se convierte en un bastión desde donde se resiste y se alimenta todo tipo de rebeldía contra el poder. *Maldito amor* reúne cuatro historias que no tienen lazos narrativos evidentes. Sin embargo, las cuatro narraciones tienen como eje estructurador y como telón de fondo (siempre dispuesto a ganar protagonismo) la tensa relación entre los nativos y los norteamericanos. La primera historia, justamente "Maldito amor", comienza como una parodia de las novelas de la tierra (género aburrido si los hay, sobre todo para aquellos que nunca vieron una vaca personalmente y no tienen ningún interés en hacerlo) pero poco a poco va convirtiéndose en un relato donde lo fundamental es el tenso juego entre verdad y apariencia, entre la confesión y la calumnia.

El mayor grado de parodia lo alcanza Ferré en la última historia, la más lograda de las cuatro que integran este volumen. En "La extraña muerte del Capitancito Candelario", el problema "liberación o dependencia" se reduce a una disputa entre Rockeros y Soneros, entre seguidores de Mick Jagger y partidarios de Ruben Blades.

Ferré no ahorra ironías y sutiles ataques hacia los puertorriqueños que consintieron y aún consienten la situación neocolonial en la que viven. "El Cordero es el símbolo de nuestro pueblo, porque hemos sido siempre amantes de la paz. Por eso, nunca hemos tenido una guerra, porque somos, ante todo, un pueblo constitucionalista, defensor de los procesos de la ley", dice el Capitancito Candelario que da sus buenos golpes a la hora de reprimir a sus conciudadanos. Hipocresías, falsedades, egoísmos, cobardías son puestos a la vista por Rosario Ferré, enamorada, evidentemente, de su Puerto Rico. Tal vez porque no se pueda amar de otra manera que no sea maldiciendo.

SERGIO S. OLGUIN

CENSURA Y LITERATURA

Laberintos del terror

"Desde que existe la escritura han habido prohibiciones. Desde que a la palabra se le asigna poder, a filósofos y escritores les está garantizado veneno y destierro, censura y exilio, campos de concentración y prisión individual, persecución hasta el asesinato." El autor de "El tambor de hojalata" y otras obras maestras de la literatura germana recorre aquí los oscuros caminos de un duelo tan viejo como el mundo.

GÜNTER GRASS

EL PAIS de Madrid

A su regreso a España en 1937 George Orwell traía consigo un manuscrito titulado *Homenaje a Cataluña,* que contenía las experiencias acumuladas en la guerra civil. El manuscrito no encontró, al principio, editor alguno, ya que un gran número de intelectuales de izquierdas, influyentes en el Reino Unido, se negaba a tomar en consideración sus chocantes puntos de vista. No querían percibir el terror stalinista, la aniquilación sistemática de anarquistas, trotskistas y socialistas de izquierdas; Orwell mismo se había librado por los pelos de ese terror. Su sobria acusación contradecía una visión del mundo, en cuya iconografía una Unión Soviética limpia como una patena marchaba a la cabeza en la lucha contra el fascismo. El informe de Orwell, ese embate de realidad espantosa, deterioraba el sueño ideal del Bien y el Mal. A pesar de todo, *Homenaje a Cataluña* se publicó un año después, en una editorial burguesa; en países de ideología comunista, las obras de Orwell —entre ellas sus amargas verdades españolas— fueron, sin embargo, prohibidas durante medio siglo; el ministro responsable de la seguridad hasta el final de la RDA, Erich Mielke, perteneció, durante la guerra civil, a esos cuadros comunistas cuyas limpiezas por liquidación se convirtieron en algo corriente: un "combatiente en España" con formato de larga supervivencia.

Pongo este ejemplo al comienzo de mi texto porque el *caso Orwell* permite ver claramente en qué medida los intelectuales eran, al mismo tiempo, víctimas y soplones de la censura, y lo siguen siendo, pues el proceso todavía no se ha cerrado: el fin del poder comunista ha hecho entrar en liza a triunfadores que comienzan a comportarse de manera espectacularmente idéntica, revitalizando de nuevo los métodos ya caducos de un McCarthy. Aunque parezca que el fundamentalismo islámico, con su praxis de sabor medieval, vaya a eclipsar las últimas ideologías restantes, los refinados sistemas occidentales prometen un futuro, sin embargo, al terror diferenciado: Edad Media y modernidad dándose simultáneamente, la Inquisición viene de nuevo, esta vez completada con la ayuda de la computadora y el almacenamiento de datos.

Pero también en muchos ámbitos de la política mundial el siglo acaba en reincidencia. En Armenia amenaza, una vez más, el genocidio. Los Estados balcánicos se matan mutuamente como movidos por un impulso de repetición. Apenas reconquistada, la libertad se pone en cuarentena. Nacionalistas y antisemitas, *mullahs,* cardenales y capitalistas con formato de bandidos caballerosos, jóvenes fascistas y viejos stalinistas, los protagonistas principales de este siglo maldito salen de entre las bambalinas, van llenando la escena, se amontonan en las candilejas, apelan, disfrazados de liberales, al pluralismo y exigen la libertad de opinión cada uno sólo para sí.

Entre tantas voces que quieren cerrar la boca a los demás resulta difícil que a uno no se le desmande el tema que aquí nos ocupa. Encandilado por presentar todos los tipos de autoaniquilación humana, me llamo a mí mismo ordenándome el regreso a la literatura, naturalmente; hay siempre motivo para hablar de ella y de su amenazada situación.

Desde que existe la escritura han habido prohibiciones. Desde que a la palabra se le asigna poder, a filósofos y escritores les está garantizado veneno y destierro, censura y exilio, campos de concentración y prisión individual, persecución hasta el asesinato. Desde Sócrates hasta Ovidio, desde Montaigne hasta Heine, desde Zola a Mandelstam, desde Orwell y Kafka hasta Rushdie. ¡Qué alegría!

En consecuencia, desde que existe la literatura y su eco más fiel, la censura, se habla de libertad de opinión de forma estimuladora y restrictiva. Sin embargo, este emparejado comportamiento no siempre ha ido unido a un ejercitado reparto de papeles —uno escribe, otro censura—, sino que hubo y hay una lista de escritores y periodistas de renombre que se ganaron, temporalmente, su vida, o por lo menos un sobresueldo, como censores, algunos de ellos incluso hasta bien entrados los grandes cambios políticos del presente. Tras las experiencias más recientes, uno está tentado a decir: una censura que funcione presupone un censor literariamente bien formado y que, si no es precisamente un amante de la literatura, sí es alguien que agarre, como un adicto, los manuscritos para meterlos en vereda.

Hablo de la forma más elevada de la censura, el rencor como lector. Sin embargo, quien procede de Alemania sabe que, aparte de y junto a los procesos comparativamente sutiles de obstrucción de una literatura indeseada por ser considerada peligrosa, también se dio la explosión nacional de la barbarie; mi país es, entre otras cosas, el país de la quema pública de libros. A partir de entonces, no sólo debía mantenerse impublicado lo escrito, también la persecución amenazaba al enmudecido autor. Erich Mühsam, muerto en un campo de concentración; Carl von Ossietzky, fallecido a consecuencia de la estancia en el campo de concentración. A muchos les quedó el exilio como única posibilidad, lo que significaba huida de un país a otro o el suicidio: nombraré, en representación de todos, a Walter Benjamin. Lo mismo les ocurrió a otros artistas, pero fue para los escritores, que oyen la palabra hablada y para los que los dialectos, las formas de habla, o sea, el hablar tradicional resulta imprescindible, para los que la vida reducida del exilio se volvió especialmente amarga.

¿Cuánto tiempo se puede conservar una lengua? ¿Cuántos libros se le pueden extraer al recuerdo?

Así surgió una literatura del exilio que, por un lado, no tiene equivalente, pero, por otro, marcó una rotura no restañable en la historia de la literatura alemana. Ya sean Thomas o Heinrich Mann, Alfred Döblin o Robert Musil, todos ellos y sus libros llevan adherido el estigma del exilio, se mantienen extraños hasta el día de hoy.

Cuando regresaron, tanto los llamados como aquellos que no fueron reclamados, se encontraron con un país dividido que los empujaba a incorporarse a uno y otro lado. Además, algunos de esos autores retornados se sometieron, a pesar de haber sufrido censura y exilio, a nuevas y, sin embargo, viejas coacciones, totalmente dispuestos a aceptar las injerencias del censor, si con eso servían al partido o a la lucha de clases, y con ello a la conciencia correcta. Bertolt Brecht y Anna Seghers son ejemplos de tal conducta quebrantada; y sirve de poco consuelo el que, si se mira retrospectivamente el romanticismo alemán, quepa reconocer predecesores: francos en su juventud, Friedrich Schlegel y Clemens von Brentano degeneraron posteriormente en reaccionarios o en visionarios irracionales, que se volvieron servidores manifiestos, o sólo discretos, de la censura y métodos de chivateo de Metternich.

Cito estos nombres también a modo de ejemplo para poder sacar a la luz una turbia tradición que lanza sus sombras hasta el actual intercambio

de golpes alemán. Dos poetas, que contaban hasta hace poco como parte de la literatura clandestina vanguardista, y que puede que se hayan considerado como lejanos al Estado, han sido desenmascarados recientemente como chivatos con muchos años de servicio. Sin embargo, el sistema de control total, cuya subdivisión más tradicional se denomina censura, comienza ya a producir literatura: un desdoblamiento vivido con tanta intensidad, es decir, tan convencidamente, revienta el concepto de "doble vida" como epígrafe protector de los oportunistas y producirá libros, en los que el censor es, al mismo tiempo, literato.

No es éste el lugar para hacer acusaciones en uno u otro caso. Esta experiencia, que repite la antigua, olvidada o reprimida conducta, libera una consternación que, en última instancia, permite darse cuenta de que, junto al, y entre el poder estatal o eclesiástico, los escritores han de ser tomados, en casos individuales, como enemigos de la "opinión libre". Amantes confesos de la tolerancia se convierten, por la espalda, en siervos de la intransigencia. A menudo se ejercita esta conducta dócil en el preámbito liberal de la censura clásica, libre todavía de las coerciones estatales, aunque no sin un subtono amenazante, por ejemplo, cuando —como en la actualidad— la literatura crítica, que no quiere dejar de lado la emponzoñada charca política general, es descalificada como "estética de convicciones": ha de acabarse con eso.

Naturalmente, el poder estatal y la Iglesia se alegran mucho cuando se los ayuda con esa riqueza de ideas. Nada puede resultarles más cómodo, por carente de peligro, que ese autosatisfecho jueguecito del artista, denominado *l'art pour l'art*, que se pone siempre de moda cuando las repercusiones de la existencia humana sólo proporcionan asco y hastío. Tanta realidad hedionda recomienda distancia y evasión en la forma. Al final, se trata ya sólo del color, el sonido, el lenguaje en sí mismo. Liberada de valoraciones, triunfa la belleza. Donde no se nombra a nada, donde nada se llama por su nombre, no hace falta ningún censor. Donde, en la complacencia posmoderna, todo se vuelve discrecional, las prohibiciones no tienen utilidad alguna. Una literatura fácil de llevar, que levante la patita, eso es lo que se pide.

Pero todavía están ahí ellos, los escritores cuyos libros surgen fácilmente, casi como en un juego y que, sin embargo, se convierten en escándalo, palabras que son plurívocas y que desagradan a los sumos sacerdotes de la univocidad. Uno de esos escritores es el motivo que nos ocupa hoy. Su caso apremia a entenderlo como nuestro propio caso. Nos hemos dado cuenta: quien lo amenaza a él nos amenaza a nosotros. Quien le quiera quitar, con la vida, la palabra podría arrebatárnosla también a nosotros, y finalmente también la vida. Con Salman Rushdie se refieren a todos nosotros. No queremos y no podemos olvidarlo ni a él ni a sus traductores, el japonés asesinado y el italiano gravemente herido, todos están con él en peligro.

No vamos a poder romper el poder de los sumos sacerdotes, no vamos a poder anular su condena a muerte. Ningún político, ningún caballero de las grandes *multis* pondrán, por él o por nosotros, en juego su carrera o dejarán de lado sus negocios. Al igual que, tras la carnicería ocurrida en la plaza de la Paz Celestial, han llegado a acuerdos comerciales con los detentadores del poder en China, confían en sacar ganancias del futuro comercio con Teherán. Ocasionalmente, dejarán caer, discreta o acentuadamente, para la televisión una nota de protesta, más no. Y, sin embargo, Salman Rushdie no está solo; a no ser que hagamos que sienta que lo está.

El tiempo nos podría ablandar. La orden de asesinato contra él y contra todos aquellos que propaguen su palabra escrita podría evadirse, en medio del homicidio cotidiano, por el borde de nuestra percepción. Embotados, la muerte anual por la hambruna de millones de niños en las regiones de miseria del Tercer Mundo podría valernos de disculpa: qué cuenta el individuo concreto, cuando el hambre asesino de niños se acepta como un riesgo inevitable de la economía de mercado. Y no es la última razón: la reyerta entre literatos podría desunirnos, lo mismo que en el pasado, y desviarnos a la traición a Salman Rushdie y a nuestro asunto, la literatura.

Habrán notado que intento concebir el tema lo más angostamente posible, referido a nosotros; pues la historia de la literatura es, especialmente en su capítulo censura, también la historia de pequeñas y grandes traiciones. Como hijos escarmentados y damnificados de la Ilustración europea, sabemos que nuestra apelación a la tolerancia sólo raramente estuvo libre de subtonos restrictivos. Y Salman Rushdie, que ha apelado con frecuencia y, finalmente, desesperado al mandamiento de tolerancia de la Ilustración, ya sabrá cómo les fue a los *Ensayos* del padre de nuestra tribu, Michel de Montaigne; incluido por la Iglesia Católica en el Indice, condenado por Pascal y los jansenistas, lo celebró con otros ilustrados Voltaire y lo condenó Rousseau en nombre del derecho natural y de las normas universales

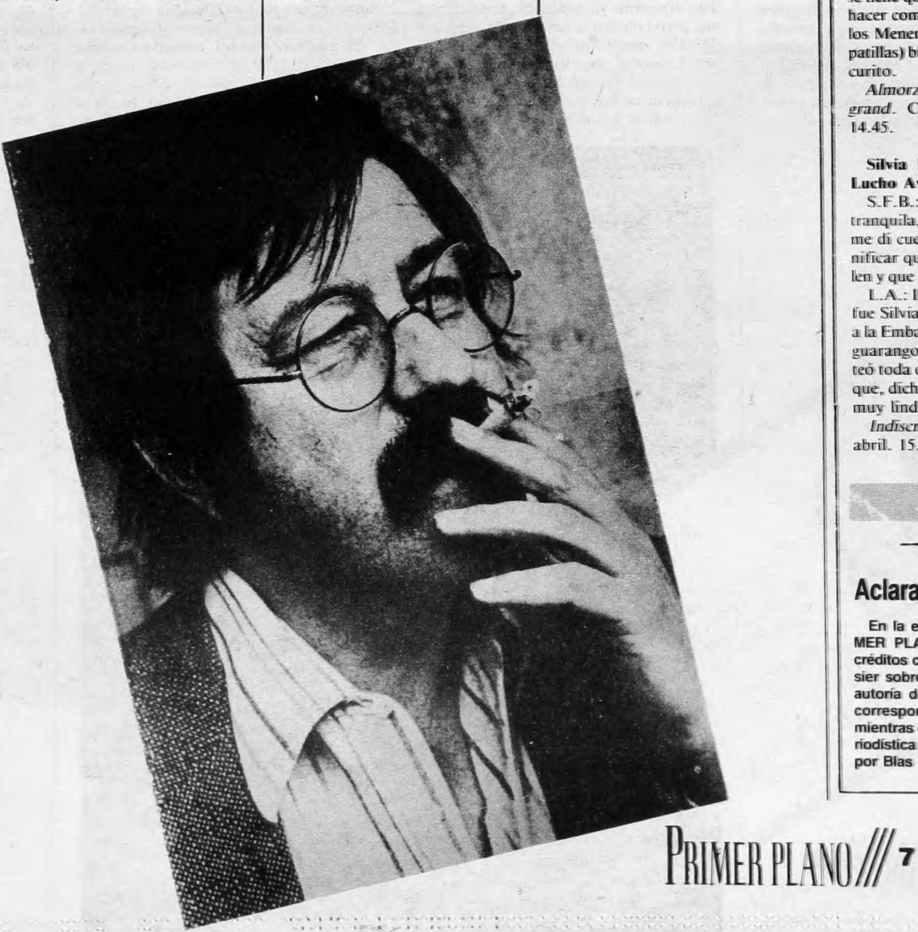


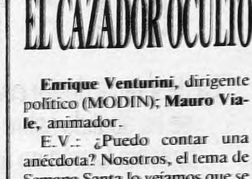
de virtud, cuya tiranía explotó inmediatamente después de la Revolución Francesa como terror, pero que manda todavía hoy. Y otro ejemplo de debilidad intelectual que hizo escuela especialmente en Alemania: la polémica entre Heinrich Heine y August von Platen. Dos poetas de altura que se insultaron, implacablemente y en embestidas repetidas, de homosexual y judío, insultos en los que Heine golpeó con palabras más fieras que llevaron finalmente a la muerte de Platen.

En cuanto escritores no estamos sin mácula. La literatura universal no es el producto de santos. Amenazada en todo momento por la censura, hemos entregado a ésta, sin embargo y con frecuencia, el campo, y la mayoría de las veces a la ligera, ya fuera por sutilezas, ya fuera por amor al ego. Tampoco estamos llamados a ser mártires, a pesar de que a la sociedad le gusta mucho el apropiarse a posteriori, como mártires de los escritores perseguidos. Es cierto: pecamos por gusto. Nos gusta sentarnos en el banco de los satíricos. Todo intento de infalibilidad nos hace reír. Y nada nos es más penoso que un escritor que habla como un clérigo. Es conocida nuestra constancia en el manuscrito, pero ¿tendremos nosotros, individualistas notorios, la fuerza y resistencia necesarias para ponernos, protectoramente, delante de Salman Rushdie durante mucho tiempo? Desde hace semanas, una serie de escritores le escriben cartas que se publican en varios periódicos y —eso esperamos— se transmiten por todo el mundo. En una de las primeras cartas, Nadine Gordimer habla de los *Versos satánicos*. Escribe: "Usted no ha recomendado o exigido a través de ninguna figura de su libro el derramamiento de sangre; el precedente de una *fatwa* contra su vida es un crimen contra la humanidad y ensombrece además el desarrollo libre de la literatura en cada lugar".

Y eso, sólo eso, queremos y defendemos nosotros: una literatura libre, lo que no quiere decir fuera de la ley, sino más bien obediente a las leyes mutantes de la poética, que siga a las siempre leyes nuevas del narrar. Lo que otros no pueden —verdad, Salman—, eso es lo que queremos nosotros: narrar, contar siempre las viejas historias de formas distintas. Nuestras narraciones no ridiculizan, ponen al descubierto. Viven de la comicidad del fracaso y no del triunfo del tener razón. El narrador no está nunca de parte del vencedor, vive de la derrota, y los perdedores, especialmente los perdedores sempiternos, pueden contar con él. Si los *mullahs* de cualquier color consiguieran taparle la boca al escritor, y no hubiera después ningún narrador más, las historias de la gente no se habrían terminado de contar, pero habrían llegado a su fin.

Traducción: Luis Meana.





Enrique Venturini, dirigente político (MODIN); **Mauro Viale**, animador.

E.V.: ¿Puedo contar una anécdota? Nosotros, el tema de Semana Santa lo veíamos que se iba a producir. Entonces visitamos a una serie de políticos. Cuando lo fuimos a visitar al ingeniero (Alvaro) Alsogaray en su oficina para decirle: "Mire, nosotros vamos a hacer esto, porque no tenemos otra alternativa". Y el señor Alsogaray dijo: "Mire, los tiempos..." —creía que íbamos a hacer un golpe—, "los tiempos militares todavía no coinciden con los tiempos políticos, pero yo tengo todos los planes...".

M.V.: ¿Yo tengo todos los planes, para qué?

E.V.: ¡Para el golpe!

La mañana. ATC. 13 de abril, 9.50.

Julio César Strassera, ex fiscal federal; **María Laura Santillán**, animadora.

M.L.S.: Doctor, ¿hay posibilidades de que se reincorpore a la Justicia?

J.C.S.: Vea, no creo que haya posibilidades, porque el Poder Ejecutivo es el que propone, y para el Poder Ejecutivo yo soy mala palabra. Es decir, necesitan un individuo dependiente.

Fax. Canal 13. 8 de abril, 19.10.

Hugo Sofovich, animador.

Yo creo que en este momento Canal 13 es el más profesional de todos los que hay. En los otros canales se les está dando un micrófono —en vivo— a gente que no tiene responsabilidad en absoluto, y así están pasando desastres.

Fax. Canal 13. 8 de abril, 19.35.

Mirtha Legrand, animadora.

Yo le decía (a Sergio Renán) que tiene muchas canas, y que se tiene que teñir. Vos tenés que hacer como el Presidente (Carlos Menem): aquí (muestra las patillas) blanquito, y el resto oscurito.

Almorzando con Mirtha Legrand. Canal 9. 6 de abril. 14.45.

Silvia Fernández Barrios y **Lucho Avilés**, animadores.

S.F.B.: Hoy estoy como más tranquila, pero por primera vez me di cuenta lo que puede significar que a una mujer la violen y que nadie la entienda (...).

L.A.: Lo que pasa es que (...) fue Silvia a cubrir (el atentado a la Embajada de Israel) y algún guarango y algo más la toqueteó toda en..., sálvese esa parte que, dicho sea de paso, la tiene muy linda.

Indiscreciones. Canal 9. 9 de abril. 15.37.

Aclaración

En la edición anterior de PRIMER PLANO, se omitieron los créditos correspondientes al dossier sobre la Feria del Libro. La autoría del artículo en cuestión corresponde a Marcos Mayer mientras que la investigación periodística del mismo fue realizada por Blas Martínez.

CARTA A FERNANDO SAVATER

"La desgracia de ser *conocido* se ha abatido sobre él", se lamenta Cioran en un texto epistolar incluido en la edición ampliada de *Ejercicios de Admiración y otros textos* que acaba de ser distribuido por Tusquets Editores en nuestro país. El *desgraciado* a quien Cioran alude no es otro que Jorge Luis Borges, "un espíritu universal al que sólo le faltó la gracia, la seducción".

EL ULTIMO DELICADO

E.M. CIORAN

París, 10 de diciembre de 1976

Querido amigo:

En noviembre, durante su visita a París, me pidió usted que colaborase en un libro de homenaje a Borges. Mi primera reacción fue negativa; la segunda... también. ¿Para qué celebrarlo cuando hasta las universidades lo hacen? La desgracia de ser *conocido* se ha abatido sobre él. Merecía algo mejor. Merecía haber permanecido en la sombra, en lo imperceptible, haber continuado siendo tan inasequible e impopular como lo es el matiz. Ese era su terreno. La consagración es el peor de los castigos —para el escritor en general y muy especialmente para un escritor de su género—. A partir del momento en que todo el mundo lo cita, ya no podemos citarlo o, si lo hacemos, tenemos la impresión de aumentar la masa de sus "admiradores", de sus enemigos. Quienes desean hacerle justicia a toda costa no hacen en realidad más que precipitar su caída. Pero no sigo, porque si continuase en este tono acabaría apiadándome de su destino. Y tenemos sobrados motivos para pensar que él mismo se ocupa ya de ello.

Creo haberle dicho en otra ocasión que si Borges me interesa tanto es porque representa un especimen de la humanidad en vías de desaparición y porque encarna la paradoja de un sedentario sin patria intelectual, de un aventurero inmóvil que se encuentra a gusto en varias civilizaciones y en varias literaturas, un monstruo magnífico y condenado. En Europa, como ejemplar similar, se puede pensar en un amigo de Rilke, Rudolf Kassner, que publicó a principios de siglo un excelente libro sobre la poesía inglesa (fue después de leerlo, durante la última guerra, cuando me decidí a aprender el inglés...) y que ha hablado con admirable agudeza de Sterne, Gegol, Kierkegaard y también del Magreb o de la India. Profundidad y erudición no se dan juntas; él había logrado sin embargo reconciliarlas. Fue un espíritu universal, al que sólo le faltó la gracia, la seducción. Es ahí donde aparece la superioridad de Borges, seductor inigualable que llega a dotar a cualquier cosa, incluso el razonamiento más arduo, de un algo impalpable, aéreo, *transparente*. Pues todo en él es transfigurado por el *juego*, por una danza de hallazgos fulgurantes y de sofismas deliciosos.

Nunca me han atraído los espíritus confinados en una sola forma de cultura. *No arraigarse, no pertenecer a ninguna comunidad:* ésa ha sido mi divisa y continúa siéndoio. Vuelto hacia otros horizontes, siempre he intentado saber qué sucedía en todas partes. A los veinte años, los Balcanes no podían ofrecerme ya nada más. Ese es el drama, pero también la ventaja de haber nacido en un medio "cultural" de segundo orden. *Lo extranjero* se había convertido en un dios para mí. De ahí esa sed de peregrinar a través de las literaturas y de las filosofías, de devorarlas con un ardor mórbido. Lo que sucede en el Este de Europa debe necesariamente suceder en los países de Hispanoamérica, y he observado que sus representantes están infinitamente más informados y son mucho más cultivados que los occidentales, irremediablemente provincianos. Ni en Francia ni en Inglaterra veo a nadie con una curiosidad comparable a la de Borges, una curiosidad llevada hasta la manía, hasta el vicio, y digo *vicio* porque, en materia de arte y de reflexión, todo lo que no degenere en fervor un poco perverso es superficial, es decir, irreal.

Siendo estudiante, tuve que interesarme por los discípulos de Schopenhauer. Entre ellos, un tal Philipp Mainländer me había llamado particularmente la atención. Autor de una *Filosofía de la liberación*, poseía además para mí el aura que confiere el suicidio. Totalmente olvidado, yo me jactaba de ser el único que me interesaba por él, lo cual no tenía ningún mérito, dado que mis indagaciones debían conducirme inevitablemente a él. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando, muchos años más tarde, leí un texto de Borges que lo sacaba precisamente del olvido! Si le cito este ejemplo es porque a partir de ese momento me puse a reflexionar seriamente sobre la condición de Borges, destinado, forzado a la universalidad, obligado a ejercitar su espíritu en todas las direcciones, aunque no sea más que para escapar a la asfixia argentina. Es la nada sudamericana la que hace a los escritores de aquel continente más abiertos, más vivos y más diversos que los europeos del Oeste, paralizados por sus tradiciones e incapaces de salir de su prestigiosa esclerosis.

Puesto que le interesa saber qué es lo que más aprecio en Borges, le responderé sin vacilar que su facilidad para abordar las materias más diversas, la facultad que posee de hablar con igual sutileza del Eterno Retorno y del tango. Para él "todo vale", puesto que él mismo es el centro de todo. La curiosidad universal es signo de vitalidad únicamente si lleva la huella absoluta de un yo, de un yo del que todo emana y en el que todo acaba: comienzo y fin que puede, soberanía de lo arbitrario, interpretarse según los criterios más caprichosos. ¿Dónde se halla la realidad en todo esto? El Yo, farsa suprema... El juego en Borges recuerda la ironía romántica, la exploración metafísica de la ilusión, el malabarismo con lo Ilimitado. Friedrich Schlegel, hoy, se halla adosado a la Patagonia...

Una vez más, no podemos sino deplorar que una sonrisa enciclopédica y una visión tan refinada como la suya susciten una aprobación general, con todo lo que ello implica... Pero, después de todo, Borges podría convertirse en el símbolo de una humanidad sin dogmas ni sistemas y, si existe una utopía a la cual yo me adheriría con gusto, sería aquella en la que todo el mundo lo imitaría a él, a uno de los espíritus menos *graves* que han existido, al "último delicado"...

